

3. Historia y ciencias sociales: España y Portugal

Jon Juaristi: *Historia mínima del País Vasco*. Madrid: Turner 2013. 342 páginas.

El autor de la obra, Jon Juaristi, es reconocido historiador y filólogo en materias ibéricas y, sobre todo, en el tema de la cultura vasca. Más allá de su reputación académica, Juaristi es conocido por sus intervenciones, a menudo polémicas, como intelectual en debates políticos y culturales en España. En la temática vasca Juaristi interviene desde los años 80 como voz importante de la crítica al nacionalismo vasco. En los debates sobre ‘materias vascas’ Juaristi suele dar más peso a sus argumentos haciendo referencia a sus propias experiencias. Con frecuencia menciona su temprano adoc-trinamiento en el nacionalismo vasco y su breve compromiso con ETA para proveer de autenticidad y credibilidad su posicionamiento antinacionalista. Después del gran éxito de su ensayo metahistoriográfico *El bucle melancólico* en 1997, una innovadora crítica a la ideología e historia del nacionalismo vasco, Juaristi ha publicado una serie de ensayos de gran tirada, galardonados con diferentes premios, en los que ha divulgado sus conocimientos críticos sobre la historia del nacionalismo vasco. También como articulista Juaristi interviene en los debates, como por ejemplo con su glosa dominical en el periódico *ABC*, la cual muchas veces contiene comentarios polémicos sobre la situación actual en el País Vasco.

El presente libro forma parte de una colección de *Historias mínimas*, entre las que están, por ejemplo, las *Historias mínimas* de España, de México, de Cuba, de la literatura española, etc. La historia del País Vasco, a la que Jon Juaristi se dedica en las 341 páginas del libro, es muy controvertida,

no en último término por la existencia del nacionalismo como factor político vastamente arraigado en el País Vasco, el cual es también un actor importante en la producción de interpretaciones históricas. No solo las diferentes corrientes del nacionalismo vasco, sino también investigadores internacionales han sido particularmente creativos en lo que concierne a la explicación del ‘origen histórico de los vascos’ y de la ‘lengua vasca’, el euskera, que es la única lengua no-indogermánica en el territorio de la romanía.

La *historia mínima* de Juaristi es una intervención en el campo de la historiografía: se dedica a la deconstrucción crítica de los discursos genealógicos del nacionalismo con el fin de relatar una ilustrada contra-historia antinacionalista. Juaristi parte de la tesis de ‘comunidades imaginadas’ de Benedict Anderson para afirmar que en el caso vasco no existió la imaginación afectuosa unitaria, imprescindible para la constitución de una nación como comunidad imaginada. Las gentes en el territorio vasco siempre se habían sentido pertenecientes a diversas comunidades imaginadas y “nunca coincidido en otorgar su lealtad política a una sola de ellas” (p. 11). Haciendo referencia al historiador Juan Pablo Fusi, Juaristi remite al concepto de ‘pluralismo’ que pone de relieve la heterogeneidad del País Vasco y afirma la voluntad creativa de la población que siempre rechazó someterse “a una directriz única” (p. 11).

Juaristi abarca todos los grandes temas de la historia vasca, empezando por cuestiones fundamentales como la limitación geográfica y el origen de la lengua vasca. Propone el concepto Vasconia, que significa “la totalidad de la región vasca de ambos lados del Pirineo” (p. 20) para

referirse a la limitación geográfica y descarta los nombres comunes pero cargados de connotaciones políticas: País Vasco, Euskadi, Euskal Herria. En lo que concierne al nombre del pueblo, Vasconia es una excepción en la Península Ibérica, ya que en el caso vasco la denominación étnica precede a la geográfica como ya en la antigüedad romana los etnónimos *bascunes* y *barscunes* fueron utilizados y aparecieron en monedas ibéricas. Pero no fue hasta el siglo XIX —antes coexistieron diferentes nombres para designar a poblaciones distintas como *vizainos*, *navarros* y *vascos*— cuando se comenzó, bajo la influencia de Johann Gottfried Herder y Wilhelm von Humboldt, a usar el término *vascos* en un sentido inclusivo para referirse a los vascos tanto de España como de Francia; tal denominación común se estableció en la época romántica, que contribuyó a difundir la idea de una identidad vasca única a ambos lados del Pirineo.

En su relato sobre la historia vasca desde la Prehistoria hasta el presente Juaristi combina la presentación de desarrollos históricos con la propia producción vasca del saber histórico sobre las diferentes épocas históricas, no sin antes detenerse en puntos neurálgicos en los que se ‘inventaron’ mitos influyentes de la historia, cultura u otras ‘esencias vascas’. Con respecto al mito de la ‘prehistoria vasca’ Juaristi reconstruye las investigaciones sobre la misma, surgidas en las últimas décadas del siglo XIX y realizadas con el objetivo de descubrir los orígenes de una supuesta raza vasca. Juaristi expone cómo estos relatos sobre el origen de la autoctonía vasca fueron luego retomados e instrumentalizados por el nacionalismo vasco. El mito de una etnia vasca, que se formó en el período neolítico, encontró su continuación en el de la “resistencia exitosa a la romanización”, permitiendo a los vascos la preservación de su independencia

ancestral (p. 81). En cada capítulo Juaristi contrasta las representaciones mitológicas de las diferentes etapas históricas con sus propias explicaciones intentando así restarle credibilidad a las mitologías. Algunas épocas fueron más fructíferas y aptas para las mitificaciones, y no todas tuvieron el mismo peso simbólico con respecto a la construcción de la identidad vasca.

El libro trata tanto la construcción de figuras míticas como Tomas Zumalacárregui o Aitor, como mitos históricos tales como el de la conquista de Navarra o el de la hidalguía universal de los vascos. Juaristi expone el camino vasco en la modernidad y explica los fenómenos del carlismo y nacionalismo en sus rasgos fundamentales evitando entrar en grandes polémicas. Sus explicaciones sobre el pasado reciente abarcan los últimos desarrollos políticos, culturales y sociales y terminan, después de haber encontrado (sorprendentemente) palabras de elogio sobre la “eficacia y relativa honradez de la gestión” (p. 329) del Partido Nacionalista Vasco, con la constatación de que “como algunos tópicos resultan verdaderos, también lo es que en Vasconia se come mejor que en ninguna parte del mundo” (p. 332).

Historia mínima del País Vasco ofrece una visión general de las realidades históricas, culturales y políticas vascas poniendo críticamente de relieve los mitos vinculados con la historia vasca. La obra, que combina desarrollos históricos con discursos mitológicos, desarrolla un enfoque muy interesante. No obstante, la ausencia total de referencias bibliográficas y de notas a pie de página es un problema central de esta obra, que pretende ser un libro de introducción. No se ve ninguna relación explícita entre la literatura utilizada, que ocupa nueve páginas de la bibliografía, y la argumentación del texto. Esta deficiencia es particularmente grave debido a que el campo de la historiografía vasca es muy

discutido. Una explicación y reconstrucción más transparentes de los diferentes posicionamientos referidos sería imprescindible para comprender la argumentación del propio Juaristi.

Patrick Eser
(*Universität Kassel*)

Juan Luis Simal: *Emigrados. España y el exilio internacional, 1814-1834*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales 2012 (Colección Historia de la Sociedad Política). 557 páginas.

El liberalismo español sigue siendo un campo de investigación muy actual e interesante. Basta ver las numerosas publicaciones sobre el bicentenario de la constitución de 1812 que caracterizó, unió y al mismo tiempo dividió no solo la sociedad española, sino también las sociedades europeas durante dos decenios. Basado en una tesis doctoral que se presentó en la Universidad Autónoma de Madrid, el libro de Juan Luis Simal, en un contexto geográfico más grande que el mero español, tematiza la contribución de la España de los años 1814-1834 a la historia del exilio político, en particular el liberal. Su obra se sitúa en una serie de trabajos recientes de una historia cultural de la política del liberalismo en el siglo XIX desde una perspectiva transnacional (cf. entre otros Christiana Brennecke, Maurizio Isabella y Jens Späth). La originalidad del estudio de Simal estriba en el hecho de subrayar la triple importancia de este exilio: primero como ideología concreta del mundo, segundo como elemento definitorio del primer tercio del siglo XIX en el espacio euro-atlántico entre revoluciones, contrarrevoluciones y guerras civiles, y tercero como parte esencial de la formación de nuevas culturas políticas y Estados-naciones en Europa y América.

Este libro, bien escrito, escrupulosamente corregido, inteligentemente concebido y claramente estructurado, es el resultado de investigaciones archivísticas en España, Francia y Gran Bretaña, del estudio de numerosas fuentes impresas y de prensa y, además, de una variada literatura internacional que el autor supo emplear de modo conveniente gracias a sus excelentes conocimientos lingüísticos y científicos de Francia, Gran Bretaña, Alemania, México y Estados Unidos. Como objetivo de su estudio, Simal pretende escribir la historia española de la época precedentemente citada de la Restauración de entre 1814 y 1834 desde la perspectiva del exilio sin referencias teleológicas ni ningún otro camino especial. Define el exilio como “fenómeno de dimensión europea, atlántica e incluso global” (p. 15). Merced al análisis del discurso se concentra no solo en el espacio europeo, sino también en el americano, es decir, en el norte los Estados Unidos y en el centro y en el sur de la América Latina dominada por España.

Simal divide su investigación en nueve capítulos de los cuales los dos primeros tratan concisamente el contexto histórico e historiográfico. En los capítulos tercero al sexto, se convierten en su centro de interés las cuatro grandes olas de la emigración política española de 1814, 1820, 1823 y 1830. Por el contrario, los capítulos séptimo al noveno se desvían de la manera de proceder cronológica anterior. Al principio, estos tematizan analíticamente dos grandes campos de acción del exilio liberal –por un lado las conspiraciones y los levantamientos revolucionarios, por otro la actividad de la prensa, de las editoriales y de la educación– para plantear por último el problema de la cultura e identidad política en el exilio a través del discurso liberal internacional, del debate de patria y nación y de la relación entre liberalismo y republicanismo. Una lista detallada de fuentes,

una rica bibliografía y un índice onomástico completan el trabajo.

No podemos en esta reseña señalar detalladamente la riqueza de todos estos aspectos del libro de Simal. Cabe destacar cuán compleja es la imagen del exilio liberal que producen los capítulos tercero hasta el sexto, mientras que los últimos tres capítulos analíticos examinan coherentemente diversas tesis y se leen como pequeños ensayos propios. En sus conclusiones, Simal confirma la triple contribución española por una “internacional liberal” con la exportación del concepto y de la identidad política “liberal”, con el ejemplo decisivo que fue su movilización constitucional en Europa del sur desde 1820 y con la exportación del método revolucionario en forma de pronunciamiento militar junto con actores de la sociedad civil.

Si el país, alrededor de 1820, representaba la “matriz del liberalismo internacional” (p. 490) y ejercía una gran atracción sobre emigrados liberales de otros países, poco a poco América fue sustituyéndolo convirtiéndose así en la nueva tierra ideal de emigrados que la identificaban con la República. El patriotismo de los liberales que al principio fue cosmopolita y estuvo basado en la sociedad civil se transformó en el exilio en identidades cosmopolitas híbridas que se orientaban más hacia la nación cultural que hacia la nación Estado. Así, los emigrados liberales encontraron modos diversos de resolver la crisis identitaria de la nación española en, por una parte, la emancipación en ultramar, y por otra, en la lucha contra la imagen de una España atrasada comparada con Europa. Bien es cierto que triunfó el liberalismo moderado en España a medio plazo, pero se imbricaron opiniones liberales radicales, republicanas y liberales moderadas, constitucionales y monárquicas. A veces estos cambios se daban incluso en el desarrollo personal de individuos liberales. La

interpretación de la tradición republicana cambió de un sentido negativo en el siglo xvii a un sentido positivo de comunidad de valores y *ethos* en el siglo xix que siguió desarrollándose después de 1834 con los progresistas. Ese es sin duda el mérito de los emigrados que interpretaron las repúblicas americanas como culminación de la ilustración y de las revoluciones históricas que tuvieron lugar entre 1688 (Inglaterra) y 1812 (Cádiz).

En conjunto, Simal presenta un libro importante que está a la altura de la investigación internacional, una síntesis compacta de fuentes de naturaleza diversa sobre la contribución española a la historia del liberalismo y del exilio político. La perspectiva transatlántica más allá del continente europeo parece particularmente digna de elogio. Al crítico no le sorprenderá saber que se le otorgó el premio Miguel Artola a Juan Luis Simal por este excelente libro.

Jens Späth

(Universität des Saarlandes, Saarbrücken)

Santos Juliá: *Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg 2014. 864 páginas.

Intelectuales y nación. Este inseparable binomio centra el (pen)último libro de Santos Juliá, como ya lo hiciera en su clásico *Historias de las dos Españas*. El intelectual como nuevo sujeto de la modernidad y como constructor de la nación, como señala en varias ocasiones el autor citando a su muy admirado Max Weber. Entre ambos el retrato que dibujan estas más de 800 páginas es el de un país inmerso en un intenso proceso de modernización, de creatividad cultural e intelectual, sí, pero también de

movilización social y política. Una sociedad en transformación, de manera no muy distinta a lo que por esas mismas décadas ocurría en el resto de Europa, con la cual no dejaron de aumentar los contactos. España podía incluso enorgullecerse del prestigio internacional de dos figuras señeras, Unamuno y Ortega y Gasset.

Los abajo firmantes enfoca en esta ocasión el binomio intelectuales-nación a través de los manifiestos colectivos publicados entre 1896 y 2013, es decir, entre el regeneracionismo espoleado por la crisis del 98 y los últimos coletazos de las movilizaciones del 15-M. La historia empieza con una crisis institucional y termina con otra, pero en realidad todo el libro rezuma agitación y crisis, seguramente porque los manifiestos son la expresión de reclamaciones, protestas y peticiones, por tanto del cambio social. El protagonizado por unos sujetos colectivos que se constituyen como tales y salen al espacio público a menudo con la publicación de un manifiesto, acto fundacional por excelencia, para plantear unas demandas que tienen como destinatario al Estado y/o a toda la sociedad.

Un manifiesto tiene así tres lecturas: una constitutiva e identitaria en la formación de un sujeto colectivo (el “nosotros”); una funcional centrada en el mensaje, que suele ser de convocatoria o protesta, según se dirija a la sociedad “civil” o a las instituciones y autoridades; y una lectura mediadora, legitimadora y de amplificación de ese mensaje, mediante una apelación “estrábica”, si usamos el concepto de Bourdieu, que mira al mismo tiempo al gobierno y a la sociedad, a los sectores potencialmente aliados y a los oponentes, a la opinión pública nacional y a la mundial.

El estudio preliminar de Santos Juliá comienza con unas notas sobre el nacimiento de los llamados “intelectuales”, pero no habría que olvidar que estos fueron desde el principio intérpretes y mediadores

sociales, por más que Zygmunt Bauman y otros sociólogos destaquen esas funciones precisamente como resultado de la crisis del intelectual universalista en su papel de “legislador” y *Maître à penser*. Lo fueron sobre todo cuando hablaban y actuaban como intelectuales colectivos, agrupados alrededor de una causa seminal, de una reunión fundacional, de un casino, ateneo o club, de una revista o periódico. Es verdad que se concibieron como una élite consciente, con la misión de iluminar el camino a unas masas que apenas salían del analfabetismo; pero se constituyeron, al mismo tiempo, en la vanguardia de una movilización social cada vez más amplia, en agentes principalísimos de la construcción de ciudadanía.

No es casualidad, por tanto, que en las primeras décadas su tema fuera la nación, o lo que los historiadores llamamos la “construcción de la nación”. Ni que Barcelona se erigiera en el epicentro de varios manifiestos dirigidos *al poble català*, firmados por intelectuales pero sustentados en una densa red de asociaciones cívicas y sociales, mientras en Madrid los literatos aún podían seguir reconociéndose en el retrato hecho por Mesonero Romanos a mediados del siglo XIX: “Y a la verdad ¿qué es un literato en España? Una planta exótica, a quien ningún árbol presta su sombra; un ave que pasa sin anidar, espíritu sin forma ni color, astro en fin desprendido del cielo en una tierra ingrata que no conoce su valor”. Aun así, no faltaba mucho para que Ortega lanzara, en el otoño de 1913, su manifiesto generacional y de regeneración, el *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, aunque rehusara todavía llamarse “manifiesto” porque no iba “destinado al gran público” ni sus firmantes deseaban atraerse “el apelativo pernicioso de intelectuales”.

Ni en Barcelona ni en Madrid se había llegado todavía a la división de los

intelectuales entre izquierdas y derechas, tal como había ocurrido en Francia con motivo del famoso “*affaire Dreyfus*”. Sin embargo, la escisión no tardaría en llegar con la oleada de politización que supuso la Gran Guerra también en España. No pocos intelectuales estuvieron en estrecho contacto con sus colegas de otros países, fueran beligerantes o neutrales. El mismo Romain Rolland, en la serie de artículos que publicó desde Ginebra en 1914, entre ellos su famoso manifiesto pacifista *Au-dessus de la mêlée*, recogió el manifiesto de unos “amigos catalanes por la unidad moral de Europa”, encabezado por Eugeni d’Ors, pero acogido fríamente en su voluntad de equidistancia por los que ya empezaban a separarse entre germanófilos y aliadófilos.

La dictadura de Primo de Rivera consiguió volver a unir a los intelectuales y movilizar a los estudiantes universitarios en su contra, nuevamente bajo los faros brillantes de Unamuno y de un Ortega que alcanzaría entonces la cima de su influencia política con un artículo, “El error Berenguer”, y la fundación de la Agrupación al Servicio de la República. Pero la oleada de movilización social y política que trajo consigo la proclamación de la República iba a escindir otra vez y de manera aún más profunda a los intelectuales.

Por un lado, aparecieron los manifiestos político-fundacionales de un inédito fascismo, el de *La conquista del Estado* de Ledesma Ramos, de las derechas monárquicas organizadas en el grupo-revista *Acción Española*, de una incipiente democracia cristiana a través de iniciativas como la revista *Cruz y Raya*, o de los jóvenes orteguianos del Frente Español. Por otro, aparecieron los de asociaciones como los Amigos de la Unión Soviética, las cuales reaccionaban ante el ascenso del fascismo en Europa tratando de dejar a un lado sus diferencias, algo que lograría

solo la represión gubernamental tras la fracasada revolución de octubre de 1934. El antifascismo sería desde entonces el común denominador de una alianza cada vez más amplia entre profesores universitarios, escritores y artistas de vanguardia comprometidos políticamente, como demostraban sus firmas bajo los manifiestos de protesta contra la política militarista y expansionista del fascismo.

Compromiso político y dimensión internacional iban a caracterizar el papel protagonista de los intelectuales en la guerra provocada por el golpe de Estado de julio de 1936. Los manifiestos pasaron a tener como destinatario la opinión pública mundial, en una paralela “guerra de papel” donde cada parte se jugaba la legitimidad de su causa en el número, la relevancia y el grado de adhesión de los intelectuales. Un combate, este de la deslegitimación internacional y la denuncia del régimen de Franco, que los exiliados seguirían manteniendo después de la derrota, mientras dentro del país se cortaba de raíz aquella intensa movilización social y política de las cuatro décadas anteriores. Los intelectuales-militantes de la nación y la tradición católica se convertirían en funcionarios, y sus manifiestos ya no serían sino vacías proclamas retóricas para, a lo sumo, marcar las diferencias respecto a otras fuerzas políticas dentro de la coalición vencedora.

Solo a partir de finales de los cincuenta los manifiestos recobrarían su significado y su función, ahora en la denuncia de los abusos de la dictadura, como la censura, en la defensa de los derechos humanos y en los llamamientos a la concordia y la reconciliación. Jóvenes hastiados por la falsa retórica en que habían crecido, intelectuales alienados del régimen por su inmovilismo o por sus propios fracasos políticos, representantes de unas culturas nacionales que resurgían tras los años más oscuros de la represión... Todos ellos –y cada vez

más, también ellas— firmaron manifiestos que eran pasos más o menos ingenuos en la adquisición de una conciencia o identidad política, y que iban dirigidos al mismo tiempo al gobierno y sus instituciones, a una (re)naciente opinión pública en el interior y a una opinión pública mundial con los ojos puestos sobre España. Y que, a menudo censurados dentro de España y reproducidos por la prensa del exilio, ayudaron a reconstruir los puentes entre la oposición interior y exterior a la dictadura de Franco.

La transición a la democracia no supuso, ni mucho menos, la decadencia del manifiesto como forma de acción política, más bien al contrario, lo que desmiente algunas versiones sobre la apatía social o la ausencia de debate intelectual durante el proceso. El número de firmantes no dejaría de aumentar durante los años siguientes, y entre ellos se contarían ahora los nombres de periodistas, cantantes, actores y actrices al pie de manifiestos de protesta contra la acción de gobierno, de denuncia de violaciones concretas de los derechos civiles o de reclamación de nuevos derechos, de apoyo a nuevas iniciativas o candidaturas políticas.

Es verdad que su lugar ha sido ocupado en gran parte por las campañas de recogidas de firmas, impulsadas gracias a las nuevas tecnologías como Internet, que suponen una democratización de la función social y política del saber. Pero los manifiestos, en su forma clásica, se resisten a desaparecer, y por algo será. Santos Juliá se muestra complacido por esta evolución, para ser fiel a un no menos arraigado y paradójico antiintelectualismo de los propios intelectuales. Pero este libro es otra prueba de su admirable categoría intelectual y de su envidiable capacidad de trabajo, porque si las cien páginas largas de la introducción constituyen una síntesis excelente, la recopilación de manifiestos ofrece una verdadera enciclopedia de la

historia de los nacionalismos, de los intelectuales, de la movilización y la acción colectiva en la España del “largo siglo xx”.

Javier Muñoz Soro
(Universidad Complutense de Madrid)

Joan Maria Thomàs: *El gran golpe. El “caso Hedilla” o cómo Franco se quedó con Falange*. Barcelona: Debate 2013. 500 páginas.

La investigación sobre Falange y los fascismos en general es, posiblemente, uno de los ámbitos de estudio clave menos cultivados por los contemporanistas españoles. En este sentido, una de las excepciones más relevantes la constituye el historiador y profesor de la Universidad Rovira i Virgili Joan Maria Thomàs i Andreu. Prueba de ello son un conjunto de libros editados desde principios de la década de los noventa, como *Falange, Guerra Civil y franquismo* (1992), *Lo que fue Falange* (1999), *La Falange de Franco* (2001) o *Los fascismos españoles* (2011). La contribución de Thomàs al conocimiento de la historia de este movimiento político ha combinado investigaciones circunscritas al ámbito territorial catalán, estudios de conjunto sobre períodos cronológicos concretos, y biografías de jerarcas falangistas, como la dedicada a José María Fontana Tarrats. Recientemente, la obra de Thomàs se ha visto enriquecida con la aparición de *El gran golpe*, primera entrega de un ambicioso proyecto que pretende revisar los entresijos de la política oficial del régimen franquista en su etapa fundacional.

El *Gran golpe* analiza un evento, sucedido en abril de 1937, que fue crucial en el proceso de conformación de la dictadura franquista. Se trata del descabalgamiento de Manuel Hedilla Larrey (1902-1970)

—sustituto provisional del *ausente* José Antonio Primo de Rivera como jefe de Falange— y la autodesignación de Franco al frente del partido unificado Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). Este episodio representa sin duda un hito central en el fulgurante ascenso del general ferrolano durante el conflicto bélico. Resulta claro que la unificación forzada de Falange y el Carlismo era imprescindible para que Franco pudiera dotarse de una masa política adicta y articulada organizativamente, evitando que se repitiese la historia de la crisis y caída del general Miguel Primo de Rivera en 1929-1930. Dado que José Antonio Primo de Rivera había sido fusilado en Alicante el noviembre anterior, Manuel Hedilla fue identificado en aquellos momentos como la cabeza visible de un sector de la Falange que cuestionó la manera concreta de ejecutar una unificación que, a criterio de algunos *camisas viejas*, podía desnaturalizar el sentido original de la organización joseantoniana. En consecuencia, Hedilla fue acusado de conspiración, encarcelado y condenado a muerte. Aunque su pena fue conmutada gracias a distintas presiones, pasó largos años de prisión y destierro en las Canarias y en Mallorca, hasta que en 1947 recuperó la libertad de movimiento. Desde entonces se mantuvo alejado de la política activa hasta su muerte en 1970, si bien en los últimos años sesenta alcanzó un cierto protagonismo público a través de sus declaraciones en prensa.

Este confuso episodio generó el mito de un supuesto Hedilla disidente del franquismo, líder de un falangismo originario opuesto a la unificación y al que en ocasiones se atribuían incluso planteamientos filoizquierdistas. La leyenda de un falangismo genuinamente obrerista y revolucionario —paralela a las difundidas para otros movimientos fascistas europeos— tuvo su

plasmación política durante la transición posfranquista en la creación de partidos políticos como la Falange Auténtica. Joan Maria Thomàs explica que, en realidad, el sustituto de Primo de Rivera no protagonizó una verdadera disensión ideológica, sino que más bien se vio inmerso en un juego de poder y de afinidades marcadas por orígenes sociales variados. Hedilla tenía una buena predisposición hacia la unificación, pero finalmente —por las presiones de determinados círculos muy próximos a José Antonio— rechazó el cargo que le había sido ofrecido por Franco y quedó desplazado, condenado a muerte y encarcelado. Simultáneamente, y de manera paradójica, algunos de aquellos falangistas renuentes de entrada a la unificación acabaron ocupando importantes espacios de poder dentro del nuevo partido único.

El volumen se caracteriza por su impecable metodología y por el uso de una abrumadora documentación, que incluye material procedente del archivo personal de Hedilla, del líder tradicionalista Manuel Fal Conde, del militar de Segovia, del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, del General de la Administración, y de los archivos alemanes. Cabe destacar, sobre todo, el copioso volumen de documentos incluidos en los procesos sumarísimos y en los fondos diplomáticos, básicos para reconstruir los turbios episodios de resistencia a la unificación acontecidos en Salamanca y otras localidades de la zona franquista aquella primavera de 1937.

El libro no es propiamente una biografía de Hedilla, sino un relato pormenorizado de su intervención política en el período 1937-1946. Se estructura en ocho capítulos ordenados cronológicamente, el grueso del de los cuales se centran en su actuación tras el golpe contra la República, su caída en desgracia a raíz de la unificación, y el proceso y condena en 1937. Los

dos últimos capítulos analizan su prisión y confinamiento, su fracasado intento de ser rehabilitado a partir de 1947, y el surgimiento y desarrollo del mito.

Como todo buen libro de historia, la obra de Joan Maria Thomàs nos aporta claves interpretativas para avanzar en la respuesta a algunas preguntas centrales de nuestra historia reciente. En particular, sobre las causas del triunfo del bando *nacional* en 1939 y la ubicación del franquismo dentro del conjunto de regímenes dictatoriales de la Europa del siglo xx. Respecto a la primera cuestión, *El gran golpe* permite progresar en el análisis de la capacidad de Franco para neutralizar una crisis interna que le podría haber generado notables dificultades en la marcha de la guerra. En este sentido, son pertinentes las comparaciones entre la resolución y balance de las dos primaveras españolas de 1937, ejemplificadoras de la mayor eficacia homogenizadora del bando franquista. Respecto a la naturaleza de la dictadura española de 1939-75, la investigación de Thomàs refuerza las posiciones de aquellos historiadores que han hecho hincapié en los componentes fuertemente tradicionales, católicos y ultrarreaccionarios del régimen franquista y han incidido en el uso instrumental de la parafernalia más típicamente fascista como elemento de movilización interna y de enlace con Hitler y Mussolini.

David Ginard Féron
(Universitat de les Illes Balears)

Yago Pico de Coaña y Valicourt: *Treinta y cuatro años después. El asalto a la Embajada en Guatemala*. Burgos: Editorial Dos Soles 2014. 264 páginas.

En 1980, por primera vez en la historia de España, se rompieron relaciones diplomáticas con un país de Iberoamérica. La

carta oficial del presidente Adolfo Suárez exponiendo la situación a su homólogo guatemalteco, el general Fernando Romero Lucas García, es uno de los documentos que se pueden leer en el libro del embajador Yago Pico de Coaña, encargado de investigar la masacre que había ocurrido días antes en la embajada española de la ciudad de Guatemala.

Los hechos no fueron para menos. Aquel jueves 31 de enero de 1980, campesinos de Uspantán –Departamento del Quiché– decidieron entrar pacíficamente en la embajada de España para exponer sus reivindicaciones. Llevaban meses en Guatemala capital denunciando ante el gobierno, la delegación de la OEA (que ocuparon brevemente) y otras instituciones, el asesinato de siete compañeros campesinos a quienes el ejército había vestido con el uniforme verde oliva que usaba la guerrilla y, después, había ejecutado con el objetivo de hacerles pasar por guerrilleros. Al no obtener respuesta alguna de las autoridades a las que se habían dirigido, los campesinos lo intentaron también en la embajada española.

Entre la tensión, la negativa expresa del embajador español a semejante invasión y las peticiones para que el alboroto se calmara, fuerzas policiales del régimen militar de Romero Lucas irrumpieron también en la cancillería española con una virulencia que sorprendió a todos. El asalto y posterior incendio, concluyó con 39 personas indefensas asesinadas: campesinos, usuarios y el personal de la embajada; todos excepto dos supervivientes: el embajador Máximo Cajal, quien logró escapar herido de gravedad y un indígena que, posteriormente, fue secuestrado y asesinado por la policía judicial. Se habían violado todos los principios del derecho internacional.

A partir de entonces se desencadenó una espiral de acusaciones contra

el embajador español que solo el tiempo ha podido desmontar. Se dijo de él, entre otras insidias, que había ido al Quiché a conspirar y que los campesinos estaban allí porque él mismo les había tendido una trampa, o también que era un furibundo castrista y que deberían haberlo destinado a Cuba. La campaña le afectó personal y profesionalmente a pesar de que aparecieron pruebas que le exculpaban y que, según se iba sabiendo, más de uno no había estado a la altura de la gravedad de los hechos. España, que en ese momento estaba en pleno proceso de transición a la democracia, con frentes abiertos por todas partes, fue reuniendo pruebas contra los asaltantes a la vez que ponía cuidado en no perjudicar las relaciones con Centroamérica.

Paradójicamente, cuando las vidas de Yago Pico de Coaña y Máximo Cajal se encontraron no se conocían; el destino les unió en una estrecha relación que nunca se quebraría. En 1980 Pico de Coaña estaba destinado en la representación de España ante las Naciones Unidas en Nueva York y fue el encargado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de la difícil tarea de clarificar los hechos y velar por los intereses de España. Él respondió con un exhaustivo informe que se adjunta en el libro y se comenta con un tono constructivo, en absoluto vengativo o rencoroso –algo ya de agradecer–. El autor hace unas muy duras críticas de todo lo que se podía haber hecho de forma más justa y de quienes tuvieron una posición manifiestamente mejorable. Las páginas van desgranando detalles, además de aportar interesantes documentos. En medio de la gran polémica actual por la falta de acceso a los fondos del Ministerio de Asuntos Exteriores, gratifica que se haya publicado íntegramente la nota que el autor remitió al Ministerio de Asuntos Exteriores en julio de 1982. Es

solo un ejemplo entre un anexo documental final que resulta muy esclarecedor. El lector se queda con ganas de más, es muy conciso haciendo gala del dicho español “lo bueno si breve...”.

Por otro lado, el texto completa al propio Máximo Cajal quien, en el año 2000, ya había dado su versión de los hechos en el libro de la editorial madrileña Siddharth Mehta *¡Saber quién puso fuego ahí! Masacre en la embajada de España*. Es un texto que pudo haber publicado mucho antes, o bien, escribirlo en respuesta al escarnio que sufrió defendiendo su prestigio profesional con prontitud. Sin embargo, esperó, y eso dice mucho de él puesto que la razón final por la que se decidió a compilarlo fue honrar a las víctimas mortales cuya voz había quedado silenciada por la tragedia. Como rezaba la contraportada: “para que de una vez y para siempre, la verdad se imponga sobre la incertidumbre y la infamia”. Entre los asesinados estaba Jaime Ruiz del Árbol, secretario de embajada, quien dejó huérfanos a dos niños de corta edad, afortunadamente 34 años después del asesinato de su padre pudieron acudir a la presentación de este libro. No pudo hacerlo su madre y esposa de Ruiz del Árbol –Lola Cruz Moratinos–, quien falleció recientemente sin ver el texto publicado. Máximo Cajal también murió unos meses antes de la aparición del libro, aunque conocía su contenido.

La obra que ha escrito Pico de Coaña debe servir también para reivindicar a toda una generación de embajadores, probablemente el grupo más cohesionado, proactivo y entusiasta que ha tenido España. En los archivos, cuando uno lee sus notas informativas siente que vivían su trabajo aun haciendo frente a enormes dificultades. Recordemos que la reforma del servicio exterior (solo en parte realizada en 1986-1988) como la de la justicia,

siempre han sido ejemplos de acciones pendientes desde los años de la transición a la democracia en España. Atendiendo al ejemplo que nos ocupa, este autor sin ir más lejos, ha sido un comprometido diplomático en el continente Americano (Guatemala, Nueva York, OEA, Subdirección General de México, Centroamérica y el Caribe, embajador en Nicaragua y Colombia). Asimismo, ha participado en primera línea en los encuentros con los gobiernos y guerrillas que culminaría con los esperados acuerdos de paz en El Salvador (1992) y la propia Guatemala (1996); también estuvo en la mediación con las FARC y el ELN. Vertió toda esta experiencia en su puesto de director general de Iberoamérica en el Ministerio de Asuntos Exteriores, desde donde se encargó de coordinar las recién creadas Cumbres Iberoamericanas de jefes de Estado y de Gobierno; posteriormente fue nombrado embajador en la UNESCO, presidente de Patrimonio Nacional y, más recientemente –justo antes de su jubilación–, fue embajador en Viena. Es decir, que su solvencia está fuera de toda duda y nadie cuestiona su inteligencia y discreción en los duros procesos de negociación.

Dejemos pues que el lector se adentre en el libro y descubra quiénes podían haber hecho más o podían haber actuado de otra manera. No desvelaremos nada. Hay también varios elogios, entre ellos se reitera la buena labor de alguien que suele salir bastante bien parado cuando se analiza su obra, Francisco Fernández Ordóñez, gran impulsor de las relaciones con Centroamérica (p. 126). Con todo, el gran aplauso es para las víctimas inocentes de un drama que nunca debió ocurrir y, por supuesto, para el testigo incómodo, Máximo Cajal, quien se mereció más en vida.

La conclusión final a la que llegamos es que, al menos, estos libros están poniendo negro sobre blanco en la memoria de todos

lo que trabajaron día a día situando a España en el mapa, con un papel relevante en el concierto de las democracias occidentales, inserta en organismos internacionales del más alto nivel; algo que se le había negado durante demasiado tiempo. El texto viene a llenar el olvido y los huecos que aún quedan en nuestra historiografía. También servirá para que algún día se *revisiten* las enormes dificultades que tuvo España para sacar adelante el proceso de transición a la democracia (1975-1982). Ahora eso no está de moda. Ahora la tendencia es, como mínimo, cuestionar absolutamente todo lo que periodistas, historiadores, testigos,... nos fueron contando a finales de los setenta y principios de los ochenta. Ya no vale nada, hay que *revisitarlo* todo. Los que crean que la Transición se dulcificó tienen que leer este libro, porque demuestra que hubo obstáculos de diversos tipos, no solo militares golpistas, terrorismo de ETA... sino, también, contextos internacionales adversos.

Por supuesto que, lo antedicho, no significa que haya que ser condescendientes o indulgentes con la Transición, en modo alguno; de hecho, las reclamaciones actuales, en España, para que se desclasifiquen documentos de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Ministerio de Defensa van en esa línea de poner todo en sus justos términos, trabajando seriamente como ya se viene haciendo en otros países de nuestro entorno. La petición de apertura de los archivos suele proceder de profesionales solventes (académicos y diplomáticos en su mayoría); no vienen de un grupo con una ideología concreta. Es una obviedad que la transparencia nos hace más democráticos; se evitan suspicacias, se impide dar pábulo a fabulaciones, rumores o tergiversaciones de lo acontecido. Hoy en día, en lugar de utilizar toda la rabia que nos hiere hasta la profunda desafección política para juzgar sin medida

lo que no terminó de hacerse en esos siete años (1975-1982), estamos en disposición de asumir la responsabilidad de ser “las generaciones posteriores” y, para nuestra alegría, las condiciones de gobernabilidad actuales son infinitamente mejores que las de entonces. Si aún no se ha conseguido hay que insistir, ningún gobierno ha hecho lo suficiente para que, en España, se puedan investigar sus relaciones internacionales; por eso aún tenemos tantas lagunas. El acceso fácil a la documentación es una libertad básica que evitaría estos males y nos haría mejor país.

En estas circunstancias de investigación esbozadas, los testimonios de primera mano a la luz de documentación oficial y con comentarios analíticos son un formato ideal para explicar el pasado. Algún día volverá a estar de moda poner en valor la elogiada tarea de funcionarios y diplomáticos que se jugaron la vida por defender la democracia y los derechos humanos; hay que exigir el acceso a las fuentes, tenemos esa responsabilidad de profundizar en estos Schindler españoles que entre los años setenta, ochenta y noventa estuvieron mediando con las guerrillas centroamericanas, facilitando exilios, intentando excarcelar a presos políticos... Como en toda obra humana, hubo errores que estamos obligados a sacar a la luz y corregir; por muchos que saliesen, no justificarían un total desprestigio de lo logrado ni, tampoco, absolverían a esas generaciones posteriores de políticos y ciudadanos que durante demasiado tiempo se mostraron –por inercia, desconocimiento, ineptitud, excesiva confianza, etc.– poco exigentes en la tarea constante de mejorar las instituciones. Nunca es tarde para completar esta labor que comenzó a sacar a España del ostracismo y que llegó –incluso–, a sobrepasar sus capacidades de potencia media. Necesitamos libros de este tipo, que se

adentren en los entresijos de las dificultades del momento. Se agradecen opiniones medidas pero no timoratas, contundentes pero respetuosas; en definitiva, éticas, que no amparen la impunidad y contengan ese ánimo de perdurar en el tiempo.

M^a del Pilar Sánchez Millas
(Fundación Conferencia Anual Francisco
Fernández Ordóñez, Madrid)